

EL SOCIALISTA

ÓRGANO CENTRAL DEL PARTIDO OBRERO

Suscripción trimestre: España, 1 peseta; Portugal, 1,50; Exterior, 1,75.
Venta: paquete de 30 números, 1 peseta.

APARECE LOS VIERNES

La correspondencia de Redacción dirijase á Pablo Iglesias,
la de Administración á Felipe Peña Cruz.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: ESPÍRITU SANTO, 18, 2.º IZQUIERDA

1.º DE MAYO DE 1905

Al realizar hoy su décimasexta movilización el proletariado activo de todos los países muéstrase fiel cumplidor del compromiso contraído solemnemente en el Congreso internacional de París y prosigue su hermosa tarea de afirmar, por medio de un gran acto que entra por los ojos de todos, la solidaridad de cuantos en la tierra sufren los rigores de la explotación; de condenar las guerras, producto de la insaciable codicia que domina á los capitalistas de todos los pueblos; de execrar la conducta de los que asesinan y martirizan

lucha, y al comunicarse sus penas y sus desdichas, hijas de la misma causa—la explotación patronal—, apareció clara ante ellos la idea de la fraternidad y los beneficios que ésta puede proporcionarles.

Y como todo esto han aprendido con la Manifestación de 1.º de Mayo, y como la misma les ha animado y fortalecido en su obra, permitiéndoles acrecentar la organización y apreciar la bondad de la acción política, á ella acuden con sumo interés y por ella sacrifican el jornal de un día.

Hoy, pues, los obreros españoles se manifestarán de nuevo en mayor número que nunca, y se manifestarán no para velar sus aspiraciones, ni para desfigurarlas,

rán ni un solo instante la emprendida para abaratar las subsistencias y para atenuar considerablemente los efectos de la crisis de trabajo, y que su acción política, nula casi hasta hace pocos años, será cada vez mayor, como mayor es de día en día la fuerza de los obreros organizados.

Juntos, á la vez, realizarán esa tarea en este memorable día los trabajadores del taller, del campo, de la fábrica, de la obra, del puerto y de la mina que sientan ansias de redención ó que no quieran sufrir resignados el yugo del capitalismo. Y luego de realizar dicha labor y de recoger el fruto moral de la jornada de este día, la obra continuará en los sucesivos, menor

CARIDAD BURGUESA

Una terrible catástrofe, el hundimiento del tercer Depósito del Lozoya, ha arrebatado la vida á 30 obreros y lesionado á muchos más.

Como siempre que ocurren sucesos de esta magnitud, á los cuales nos tiene acostumbrados la codicia de empresarios y la negligencia de autoridades, se ha levantado la opinión general en clamoreo de protesta, y ante el triste y desolador espectáculo de las víctimas de la explotación capitalista, la clase pudiente ha acudido con socorros pecuniarios á remediar el único que ya tiene remedio: el hambre de los supervivientes.

Con motivo del tremendo siniestro, los socialistas hemos afirmado que aquel es uno de tantos efectos del régimen burgués, que contrapone el derecho á la vida del productor al lucro del contratista, á cuyo singular interés se supeditan los intereses comunes, y hemos sostenido, en consecuencia, que en tanto no desaparezca tal régimen, seguirán ocurriendo esos crímenes colectivos, provenientes de la naturaleza del capital, que busca el céntimo y derrocha las vidas á miles.

La existencia de clases antagónicas—proletaria y capitalista—está, pues, tan ligada á esos grandes siniestros, que sin ella no ocurrirían.

Pero he ahí que la espantosa miseria de las víctimas del trabajo y de sus familias arranca del corazón de los ricos un grito de dolor y de su bolsillo unas cuantas pesetas. ¿Será esto suficiente motivo para negar aquel antagonismo de clases, que es, á juicio de los socialistas, la causa última de la catástrofe?

Así lo dicen—no me atrevo á decir que lo creen—algunos que ven en ese auxilio á las víctimas de la codicia burguesa la demostración de que no existen diferencias entre los hombres, ya que el sentimiento del dolor impulsa á los ricos á socorrer la necesidad de los pobres. Y como si todos los actos humanos se inspirasen en el amor al semejante, esos entusiastas de la caridad censuran á los socialistas que predicaban la lucha de clases y perturbaban la paz octaviana que impera en el mundo.

Es este un caso de optimismo agudo que, si con sinceridad se siente, acredita una deficientísima observación, porque quien así habla aprecia solo un hecho aislado, al que concede gran importancia sin duda por ser el único que ve. Por grande que fuese el merecimiento de ese hecho no alteraría el conjunto de las relaciones humanas, al cual no alcanza la observación del crítico optimista, del mismo modo que la bondad de un hombre no significa la bondad de una sociedad, ni una pincelada es un cuadro.

Precisamente el fugaz sentimiento de solidaridad con la desgracia, es prueba de que de ordinario tal solidaridad no existe. Y esto suponiendo que el socorro se inspire en hacer el bien por el bien mismo, y no en otros estímulos que rebajen la elevación moral de ese acto, porque, á veces, quien atiende á un pobre lo hace para evitar que éste le persiga ó para procurar que otros lo vean. Y en el caso presente se ha calificado la suscripción para las víctimas del tercer Depósito con el significativo título de *suscripción del miedo*, y no ciertamente por escritores socialistas.

Esa momentánea prestación de auxilios, surgida á raíz de grandes infortunios, demuestra que los poderosos ven en ellos un caso extraordinario. Sólo entonces se les representa la visión de la desgracia ajena, que en todo otro momento pasa á su lado inadvertida. Ante el aniquilamiento de centenares de familias proletarias, sientense los ricos estremecidos de terror, porque el contraste entre su propio bienestar y la ajena desgracia es en esos momentos tan saliente, que acaso les lleve á pensar en la injusticia de uno y otra.

Pero es lo cierto que esos accidentes no tienen nada de extraordinarios. Podrán serlo en cuanto á sus efectos por el mayor número de víctimas que ocasionan, no en cuanto á su causa, la codicia capitalista, que á diario lleva el hambre, el dolor y la muerte á millares de trabajadores.



EL DESCANSO

(Dibujado para este número por D. Vicente Cutanda.)

sino para ponerlas de relieve con todo el vigor posible.

Harán ver, en primer término, que tal movimiento, que la acción que despliegan

en este día no tiene su raíz en el simple deseo de atenuar su malestar y de implorar misericordia á los explotadores, sino que arranca del firme propósito de preparar bien las fuerzas que han de hacer trizas sus privilegios.

Asimismo harán notar que lo típico de este movimiento es su espíritu de clase, la convicción que anima á los que le realizan de que solamente ellos, los asalariados de blusa, chaqueta y levita, serán los que hagan efectivo el mejoramiento que dentro de este régimen pueden tener y los que alcancen la completa emancipación para sí mismos y para los demás seres humanos.

Igualmente patentizarán que sus medios de acción serán todos, tanto los legales como los revolucionarios. Emplearán los legales mientras no se pongan trabas de importancia al desarrollo de la organización obrera y mientras ésta sea incapaz de dar el golpe de muerte á la clase privilegiada. Acudirán á los revolucionarios cuando contra dicha organización se reuelvan sistemáticamente los gobernantes y cuando el proletariado disponga de bríos y capacidad bastantes para conquistar el Poder político.

Y harán presente á la vez que proseguirán su campaña por la legislación protectora del trabajo, y especialmente por la jornada de ocho horas; que no abandona-

en proporciones, sí, pero tenaz, incesante, que no han de dar tregua á su actividad ni descanso á sus brazos quienes, alentados por el ideal de la emancipación humana, se han propuesto sustituir las presentes condiciones sociales, basadas en la explotación, por un régimen donde nadie pueda arrebatar á su semejante el producto de su trabajo.

¡Oh, que magnífica civilización!

•Nosotros, los japoneses, hemos estado enviando durante generaciones enteras delicadas acuarelas, obras cinceladas admirables, pájaros y animales presentados con precisión científica, y á pesar de tanta belleza y de dibujos y decoraciones magníficas, nos considerabais como una nación bárbara. Hemos matado 100.000 rusos, y por este solo hecho, reconocéis en nosotros un pueblo civilizado. (Palabras del embajador japonés en París.)

No puede trazarse con mayor fidelidad la fisonomía de la civilización capitalista. El arte, el buen gusto y la delicadeza del pueblo japonés nada representaban ante la *culta y civilizada* Europa; ahora, enterados de que saben matar tan bien ó mejor que nosotros, nos *dignamos* concederles la alternativa. Hermosas, hermosísimas las frases del embajador japonés, constitutivas de una sintética y profunda crítica de la cultura europea; frases que, indudablemente, han de sentar como latigazos á los que menospreciaban al Japón por considerarle de raza inferior y aquellos otros—hermanos en tontería de los primeros—que calificaron de «monos» á los filipinos. Consérvense unos y otros eternamente en su tontería y exclamemos como el personaje de «La vuelta al mundo»: ¡Oh, que magnífica civilización!—R. Oyuelos.

á los que trabajan ó quieren trabajar por su emancipación y por la de sus propios verdugos; de reclamar leyes que favorezcan á los que verdaderamente producen—y entre las que descuella la que señala como jornada máxima de trabajo la de ocho horas—, y la de reavivar fuertemente el espíritu de clase entre los asalariados ó desposeídos.

Es España una de las naciones donde la Manifestación de 1.º de Mayo ha producido mejores efectos y donde los producirá durante muchos años. Poco aptos los obreros españoles, por su falta de instrucción, para ver mentalmente la fuerza que su unión puede darles, la valía de su solidaridad y los resultados de la fraternidad proletaria, han podido apreciarlo todo con la movilización de 1.º de mayo.

Al reunirse muchos trabajadores de una población en ese día, y al saber que en otras ocurría lo propio y en todas las naciones lo mismo, se formaron una idea de su fuerza.

Al notar que á todos ellos les animaba un mismo sentimiento y unas mismas aspiraciones, y que para obtener el triunfo de éstas y combatir cuantas se les opongan su unión debe ser inquebrantable, se hicieron cargo de lo que es la solidaridad y del valor que la misma tiene.

Al celebrar juntos el 1.º de mayo los obreros de localidades que antes vivían en

En tal sentido, las grandes catástrofes del proletariado no son sino un número más de la inmensa suma de horrores que el capitalismo produce. Por la identidad de su origen, el siniestro colectivo se une a los incansables siniestros individuales: todos son daños que el régimen burgués hace pesar sobre el proletariado.

El accidente del trabajo, cuyas consecuencias no indemniza cantidad alguna, el mezquino jornal, la prolongada tarea, la alimentación escasa y desnutrida, la enfermedad y la incultura que de todo ello sobrevienen, ¿qué otra causa tienen sino la codicia del capitalismo, que engendró el siniestro «catastrófico» del tercer Depósito?

Los ricos no aprecian la constante resta de energías morales, de vigor físico que el proletariado sufre por las pésimas condiciones de la producción capitalista. Son los trabajadores los que, por padecerlas, saben que el gran siniestro no es un suceso aislado, extraordinario, sino encadenado a otros que en el trabajo diezma sus filas de continuo.

Por eso los ricos socorren el caso que reputan anormal. Por eso también los trabajadores, más afirmados cada vez en la unión, no dirigen sus ojos hacia la caridad: los fijan en la justicia que ven más allá de la sociedad capitalista. — R. G. Ormaechea.

REPETICIÓN

¿No sería mejor que al llegar cada año este aniversario se reprodujese en los órganos periódicos del Socialismo los artículos mismos del año anterior? No faltarían lectores que se llamarían a engaño, pero de hecho y en realidad es lo que sucede, y es también lo que tiene que suceder.

Estoy muy acostumbrado a oír tachar a las publicaciones doctrinales de monótonas. «Siempre dicen lo mismo...», se suele exclamar en reproche de ellas, y así es la verdad.

Así es, en efecto, la verdad. Los periódicos de doctrina son monótonos, y deben serlo. La verdad es monótona.

A las gentes se les convence con la repetición, y para aleccionarlas lo que más falta hace es constancia.

Un argumento es tanto más poderoso cuantas más veces haya sido empleado, porque así demuestra que ha sobrevivido a la incredulidad de los que lo oían.

Cuando oigo decir que los socialistas no hacen más que repetir las mismas razones siempre, replico: «Y los otros, ¿qué otra cosa hacen? Y ante todo, ¿se han enterado de esas razones que tantas veces han oído sin pensar en ellas en serio ni una sola vez siquiera?»

El orador rico en ideas fracasa casi siempre en los mítines. A las gentes hay que darlas pocas ideas, ideas claras, y sobre todo calientes, con calor de entusiasmo. Y luego repetir las muchas y tratar de meterlas en la cabeza con el martillo pilón de la repetición constante.

Cuando las gentes se acostumbran a oír una cosa empiezan por no encontrarla extraña y acaban por encontrarla razonable.

«Ese argumento ha sido refutado mil veces» — oigo exclamar con frecuencia — y contesto al punto: «No lo habrá sido con mucha eficacia, cuando todavía se emplea». A lo cual me retrucaron una vez: «Es que esos que lo emplean no se han enterado de la refutación.» Y yo dije: «Sospecho que los refutadores no se han enterado del argumento que pretenden refutar.»

Es lo que pasa. Las más de las personas que se meten a querer refutar el Socialismo y hablan de que sería la muerte de la libertad individual y la vuelta a la tiranía y el hundirse la sociedad en lo informe, y otras tonterías por el estilo; las más de esas personas no se han tomado la molestia de enterarse de lo que el Socialismo sea. Y molestia es, en verdad, para ellos el enterarse de eso ó de cualquier otra cosa, porque supone un esfuerzo mental.

Hacen, pues, muy bien los propagandistas del Socialismo en repetir de continuo un número corto de principios hasta que se los aprendan los obreros y los no obreros, como los niños se aprenden las respuestas del Catecismo. — Miguel de Unamuno.

NO VEN

Nuestros adversarios nos creen llenos de odio, y sin embargo, es lo cierto que sentimos por ellos una gran conmiseración y la piedad humana anima nuestra obra.

Piensan que la clase obrera se agita tan sólo por la conquista del pan... y, no obstante, está patente que las huelgas producidas por cuestión de dignidad son las más pertinentes y de más difícil arreglo.

Dicen que pretendemos arrebatar la propiedad a los que la tienen, presentándonos ante los ojos de los incautos así como ladrones, cuando únicamente queremos no

ser robados al defender el fruto de nuestro propio esfuerzo.

Censuran la ignorancia de los obreros, sin reparar que no disponen de tiempo, de energías ni de recursos para lograr su cultura, olvidando de paso que esos obreros ignorantes se asocian para defender su dignidad y sus intereses y practican la solidaridad hasta internacionalmente, en tanto que los pretendidamente ilustrados burgueses no hacen nada ni aun en propio beneficio.

Criticán la rudeza y aun brutalidad de los trabajadores, sin percatarse de que ellos, *clase directora*, sirven de modelo y de ejemplo, y con su torpe trato engendran los males que censuran, porque su corrupción contagia y la escasa retribución hace que la necesidad no satisfecha aparezca como codicia, y la fatiga y nervosismo, consecuencia del prolongado y excesivo esfuerzo, se tome como mal genio ó impulsividad de la voluntad.

De enemigos de la familia nos califican los que aprisionando en la fábrica, en el taller ó en la mina al trabajador, no le dejan tiempo que consagrar al hogar, y los que, infieles a sus esposas, procuran seducir las nuestras cubriéndonos de deshonra.

Mas ¿qué seguir mostrando la ceguera de la clase adversa? Como ciegos hemos de considerarlos, porque si fuera perversión tocaría ya en las lindes de lo monstruoso. Si, ciertamente, no saben, no reflexionan, no comprenden, semejantes a *ciegos guiados por ciegos*.

Por eso, lejos de odiarles, los compadeceamos; por eso soportamos el ultraje tras la injuria; por eso a su fanatismo, a su obcecación contestamos con la tolerancia.

Pero tengan en cuenta que siempre la condescendencia fué patrimonio inseparable de los que tuvieron razón, la prudencia acompañó a los convencidos y la tolerancia presagió el éxito de los triunfadores. — J. V. Montenegro.

ANOMALÍAS

Juan era un pobre explotado que vivía, como muchos, ganando un jornal muy corto por trabajar como un burro; y, aun sabiendo con certeza que era víctima de un hurto, nunca se mostró rebelde con los patronos que tuvo. Sin embargo, este sujeto, que era humilde hasta tal punto con quienes de su trabajo llevaban el mayor fruto, ayer, jugando a los naipes unas copitas de orujo, por una mala jugada mató a un compañero suyo.

Alvaro Ortiz.

PROGRESIVOS Y PRÁCTICOS

Cualquiera que sea el valor práctico atribuido a las ideas socialistas por las gentes, un espíritu reflexivo y sincero no puede negar esta verdad: que nuestros actos respiran todas las virtudes cívicas del progreso.

¿Ocurre lo propio en algún otro campo de acción social?

Por lo que toca a los elementos conservadores ó reaccionarios, ¿quién podría ver nada que se le aproximara? Las gentes sometidas a un cacique ó personaje político, como aquellas más apegadas al culto religioso, dan, por el contrario, las mayores muestras de incultura y atraso.

La taberna, los toros y el matonismo son, por regla general, amigos inseparables del fervor católico y de la sumisión política.

En cuanto se refiere a los partidos avanzados, sería injusto medirlos por igual rasero; pero ¿no hay también en ellos fanatismo idólatra en la adhesión incondicional a determinados hombres? ¿no existe la intolerancia violenta hacia las ajenas creencias, siquiera parezca excusable cuando se dirige contra ciertas manifestaciones de ideas regresivas?

Y respecto de los anarquistas, ¿no se observan algunos de estos defectos, aun bajo apariencias distintas, como fruto al fin de su fe ciega en la catastrófica transformación social y de la observancia inconsciente de los antiguos procedimientos revolucionarios, como resultado fatal de su indisciplina y sentimentalismo característicos?

En ninguna, pues, de las esferas donde se libra batalla por ideales políticos, religiosos ó sociales hallanse las virtudes que se ofrecen en las filas socialistas: cultura, concepto equitativo de la libertad, tolerancia, prácticas democráticas, altruismo; todo, en fin, cuanto atestigüa plena conciencia de una misión progresiva y redentora, positiva confianza en la virtualidad de las doctrinas defendidas y en su triunfo.

¿Y no es pueril pensar que quienes así se asimilan tales dones de civismo, que quienes por esos medios llevan a diario a las conciencias concepciones elevadas de justicia y fraternidad, que quienes se inspiran serenamente en las realidades de la evolución social, batallan por un imposible, persiguen una finalidad antisocial?

Pueril y torpe es pensar así; que si la condición moral y económica de los hombres es susceptible de mejora, como prueban los hechos, la felicidad a que aspiran los socialistas no puede estar fuera de su alcance. — Javier Perdel.

La manifestación de duelo y de protesta.

Si las organizaciones obreras de Madrid obtuvieron hace dos semanas un señalado triunfo obligando con su proceder enérgico al ministro de la Gobernación y al gobernador de la capital a que rectificasen palabras ofensivas ó mortificantes para la clase trabajadora y actitudes arbitrarias contra ésta, el penúltimo domingo alcanzaron una magnífica victoria al realizar la manifestación de duelo y protesta por los obreros muertos é inutilizados á consecuencia del hundimiento horrible del tercer Depósito.

Nada dejó aquella que desear en punto á organización, orden y sensatez. No obstante oscilar la masa que la componía entre 35.000 y 40.000 individuos, ni un solo incidente desagradable se registró. En el largo trayecto por ella recorrido nadie se demandó ni profirió frase alguna mortificante para instituciones ni para personas. Haciéndose cargo los manifestantes del carácter solemne y severo que debía revestir el acto, condujéronse todos cual les correspondía. En sus rostros veíanse reflejados los diversos sentimientos que agitaban su espíritu: de pena, por los compañeros muertos horriblemente; de coraje, por haber sido causa de tan tremenda catástrofe la codicia en complicidad con la incuria; de digna altivez por haber domado las voluntades que se oponían á la celebración de acto tan legítimo, y de complacencia íntima por realizarse éste en forma tan correcta.

Hasta el numeroso público que á los dos lados de las vías recorridas presenciaba el paso de la manifestación estuvo en armonía con el carácter serio y solemne del acto. No se observaba en él ni la insana curiosidad que en análogas ocasiones suelen revelar los espectadores, ni la intención de considerar como un pasatiempo la contemplación de los manifestantes. Con leve diferencia, los mismos sentimientos animaban á aquéllos que á éstos.

Organizose la manifestación en la plaza del Progreso y en las calles inmediatas, acudiendo á dichos sitios á las siete de la mañana la mayor parte de las Directivas.

A las adhesiones recibidas días antes por el Centro Obrero hubo que agregar el sábado las de otras colectividades, entre ellas la minoría republicana del Parlamento, por lo cual la Comisión organizadora se ocupó en los últimos instantes del sitio en que habían de colocarse aquéllas y sus delegados.

A las diez en punto púsose en marcha la manifestación, á la cabeza de la cual, y para hacer que los curiosos dejaran franco el paso, colocáronse varios inspectores municipales.

En primer término iba una carroza á la Federica, toda llena de coronas; luego dos *landaux* y á seguida dos coches de punto, todos ellos también con coronas. Estas ascendían á 40, siendo muchas de ellas de gran tamaño y correspondiendo á las colectividades ó individuos siguientes:

Centro de Sociedades Obreras, Comité Nacional del Partido Socialista, Comité de la Unión General de Trabajadores, Sociedad de Carpinteros de armar (una para su vicepresidente Manuel Arboleda y otra para las demás víctimas), Universidad popular, Sociedad de Albañiles «El Trabajo», Sociedad de Tipógrafos, Cigarreros (cuatro), Sociedad de Obreras sastras, Verduleras de la plaza de la Cebada, Agrupación Socialista Madrileña, Sociedad de Marmolistas, Sociedad de Pintores-decoradores, doña Rosalía Castro, Sociedad de Ebanistas y Silleros, Sociedad de Jardineros, Sociedad de Carpinteros de taller, Ayuntamiento de Palma de Mallorca, concejal señor Fischer, Sociedad de Moldeadores en hierro, Agrupación General de Camareros y Cocineros, Fomento de las Artes, Sociedad de Obreros de pan candeal, Sociedad de Obreros de pan francés, Sociedad de Fumistas, Sociedad de Obreros en hierro «El Porvenir», «La Mutualidad Obrera», Sociedad de Tallistas, Sociedad de Herradores, Sociedad de Decoradores en papel, operarias de la casa del Sr. Belón, Sociedad de Cocheros, D. Francisco Ruiz y doña María Ortiz.

Tras de las coronas y presidiendo el

duelo, marchaban las Juntas directivas del Centro, de la Sociedad de Albañiles «El Trabajo» y de la Sociedad de Carpinteros de armar.

Luego seguían los representantes de las Sociedades, el Comité Nacional del Partido Socialista, el de la Unión General de Trabajadores, los Comités de las Federaciones Tipográfica, Albañiles, Metalúrgicas, Carruajes, Panaderos y Carpinteros; los vocales obreros del Instituto, los representantes de la Universidad popular, las Cooperativas Casa del Pueblo y Mutualidad Obrera, la minoría republicana y los delegados de las Sociedades de Carpinteros de Burgos, Valladolid, Medina del Campo y Bilbao.

Después marchaban las respectivas Sociedades por el orden que se las había señalado, llevando, las que las tienen, sus respectivas banderas. Estas ascendían á 35. La mayor parte de ellas eran de las Sociedades del Centro Obrero, algunas de Sociedades domiciliadas fuera de él y las otras del Centro de Estudiantes del librepensamiento, de la Juventud Republicana Federal y de los Obreros republicanos del distrito de Buenavista.

También figuraban entre las banderas la de la Agrupación Socialista de Toledo, á la que acompañaba una Comisión de la misma, y la de la Sociedad de Obreros en hierro, de dicha capital, seguida igualmente de su respectiva Comisión.

Cuando la cabeza de la manifestación se hallaba en el paseo del Prado, todavía salían banderas seguidas de los respectivos oficios de la calle de Relatores. Con un orden admirable los manifestantes recorrieron el itinerario indicado de antemano, deteniéndose el cortejo al llegar las coronas y la Comisión que presidía el acto á la plaza de la Alegría, frente á la de toros.

Allí, el compañero Iglesias, desde un coche, pronunció el breve discurso siguiente:

Ciudadanos, trabajadores: Cuatro palabras en nombre de la Comisión organizadora.

Por nuestra firme y enérgica voluntad se ha celebrado este acto solemne, solemnisimo de duelo por los compañeros sacrificados en el hundimiento del tercer Depósito, á la vez que de protesta contra los culpables de tan horrenda catástrofe.

Esta protesta sería incompleta si no la dirigiéramos principalmente contra el régimen social bárbaro y egoísta que para subsistir necesita sacrificar á diario miles y miles de productores.

Tal protesta hay que complementarla con la venganza de aquellas víctimas queridas, pero no con la venganza mezquina, ruin de arrancar la vida á una docena de potentados ó á un puñado de patronos, sino con la venganza grande, hermosa de soterrar el régimen capitalista, engendrador de las desdichas y los males que la Humanidad padece.

A realizar esa tarea debemos consagrar toda nuestra actividad, toda nuestra inteligencia y, si preciso fuese, nuestra propia vida.

El acto que hemos celebrado indica que somos aptos para ejercitar el derecho de manifestación, revelando al propio tiempo que si se nos prohibiera en lo sucesivo, tendríamos no sólo razón para reclamarlo, sino fuerza para imponerlo.

En nombre de la Comisión expreso el más profundo reconocimiento á aquellas entidades que, sin ser obreras, se han asociado á este acto de dolor y de protesta.

Terminemos esta manifestación con la misma solemnidad y con el mismo orden que hasta ahora han reinado en ella: vosotros llevando al domicilio social esas banderas, símbolo de la emancipación humana; nosotros, ostentando vuestra honrosa representación, yendo á depositar esas coronas sobre las tumbas de los que yacen allá arriba y que son pedazos de nuestra propia carne.

Un murmullo de aprobación acogió el breve discurso de Iglesias.

Inmediatamente comenzó el desfile de los manifestantes, pasando las Sociedades obreras con sus estandartes ante los carruajes que contenían las coronas.

Terminado el desfile, que duró cerca de una hora, todas las Comisiones, en unión de un grupo considerable de compañeros, se dirigieron al cementerio, acompañando los coches que conducían las coronas. La mayor parte de los manifestantes hicieron el recorrido á pie.

Llegados á los cementerios, depositaron en el católico, donde yacen casi todos los cadáveres de las víctimas del tremendo desastre, 36 coronas, que fueron colocadas en unas armaduras levantadas al efecto.

Después pasaron al cementerio civil, dejando sobre el sepulcro de Manuel Arboleda y de otro compañero que perteneció también á la Sociedad de Carpinteros de armar, una corona de esta Sociedad, otra de la Agrupación Socialista, otra de la Sociedad de Carpinteros de taller y otra de la de Ebanistas.

Terminada la triste misión que allí habían llevado, regresaron á Madrid las Comisiones y los compañeros que con ellas fueron, demostrando todos el efecto doloroso que les había producido la visita á los lugares en que yacen los restos de los camaradas muertos tan trágicamente.

El juicio respecto á la grandeza del acto y á la forma correctísima y severa en que

AURORA

¡Salud al proletario, sostén de las naciones,
que lidia con los ricos en lucha desigual!
Ya luce un nuevo día, rasgando densas brumas,
y brilla el refulgente lucero matinal.

En época lejana, de ideas miserables,
el culto mantenían los faltos de virtud,
y al pueblo cuya vida transcurre en el trabajo
guardaban, fieros déspotas, en vil esclavitud.

Mas ya ¡ventura inmensa! hundióse el despotismo;
sus luces nos envía la espléndida Verdad
y fija los cimientos de ideas redentoras
en que ha de edificarse la nueva sociedad.

De ideas la conquista, que crece con los años,
cual lluvia bienhechora fecunda á la Razon,
y el triunfo en esa lucha de ideas será nuestro:
cayeron para siempre los siglos de abyección.

Luchar es la existencia: luchemos por lo justo.
Termine el despotismo, pues debe terminar.
Pasaron ya los tiempos en que era el proletario
un mártir del capricho, del trono y del altar.

¡Salud al proletario, sostén de las naciones!
Está cerca un mañana distinto del ayer.
¡Salud! Las densas brumas huyeron para siempre,
y surge la esperanza con luz de amanecer.

Gerardo Medel.

le realizaron los trabajadores madrileños
ha sido unánime en todos cuantos le pre-
senciaron.

Algunos periódicos han dicho, no sabe-
mos con qué fin, que de los últimos en lle-
gar al Centro Obrero fueron nuestro com-
pañero Iglesias y los vocales obreros del
Instituto.

La noticia es falsa. Lo mismo Iglesias
que los compañeros vocales encontrábanse
en el Centro á las ocho y media de la ma-
ñana. Sólo un vocal, por ocupaciones ur-
gentes, llegó allí algo más tarde.

Yo no sé si es ó no cierto lo que bien á
menudo suele decirse: que España es el
país de los viceversas. Lo que sí aseguro
es que ahora tenemos delante uno de los
mayores viceversas sociales que alma hu-
mana pudiese imaginar. Los «inferiores»
están arriba y los «superiores» abajo. Los
cultos defienden la incultura y la barba-
rie, y los incultos la delicadeza, la educa-
ción y el refinamiento y dulzura de cos-
tumbres. Las clases directoras están por
la brutalidad, y las clases dirigidas protes-
tan contra ella. Eso, precisamente eso es
lo que á nuestra vista está pasando en el
asunto de las corridas de toros y de su per-
misión en domingo.

Hay muchos motivos, no pertinentes en
este lugar, que dan exactitud á una frase
dicha y repetida á menudo, por ejemplo,
en la Prensa, y es la que afirma que entre
nosotros lo único que se encuentra sano es
el pueblo. Pero si así no fuera; si esos mo-
tivos y señales múltiples no existiesen, ¿po-
dría acaso ponerse en duda la verdad de la
frase aludida, teniendo en cuenta el muy
edificante y representativo asunto este de
los toros?—P. Dorado.

LAS RIÑAS DE GALLOS

La función empieza á la hora señalada.
Un hombre se presenta en el circo con
un papel en la mano y comienza á leer;
todo el mundo se calla. Da lectura á una
serie de nombres que indican el peso de
los gallos que van á luchar, porque es de
saber que los gallos no pueden pesar más
de lo que señala el código del arte. Las
conversaciones se reanudan para cesar de
repente al poco rato. Otro hombre se ade-
lanta cargado con dos cajas; abre una
puerta de la balaustrada, sube al estrado y
pone las cajas en los platos de una balanza
que pende del techo. Dos testigos aseguran
que las cajas tienen igual peso: todo el
mundo se sienta; el presidente se va á su
sitio, el secretario grita ¡silencio!; el pesa-
dor y otro empleado toman cada uno una
caja, y llevándolas á las dos aberturas
puestas de la barrera, las abren á un mis-
mo tiempo. Salen los gallos, se cierran las
puertas y los espectadores guardan por al-
gunos instantes un profundo silencio.

Eran dos gallos andaluces de raza ingre-
sa, sirviéndome de la extraña definición
que me dió un espectador; altos, flacos,
tiesos como dos huesos, con un largo cue-
llo, completamente desplumados de las
partes posteriores y del pecho para arriba;
sin cresta, la cabeza pequeña y con un par
de ojos que revelaban su espíritu gue-
rrero.

Los aficionados, en estos pocos instan-
tes, juzgan por el color, la forma y los mo-
vimientos de los animales cuál es el pro-
bable vencedor; después se cruzan las
apuestas. Es, como se comprenderá fácil-
mente, un juicio muy incierto; pero preci-
samente esta misma incertidumbre da
vida al juego. De repente una explosión
de gritos interrumpe el silencio.

¡Un duro por el derecho!—¡Un duro por
el izquierdo!—¡Tres duros por el negro!—
¡Cuatro duros por el pardo!—¡Una onza
por el chico!—¡Va!—¡Va por el negro!—
¡Va por el pardo!

Todos gritan, agitan las manos, se seña-
lan unos á otros con los bastones y las
apuestas se cruzan en todos sentidos; en
pocos momentos se han cruzado más de
mil pesetas.

Los dos gallos, al principio, no se miran.
Uno se vuelve de un lado, otro de otro,
cantan y alargan el cuello hacia los espec-
tadores como preguntándoles:—¿Qué que-
réis?—Poco á poco, como si no se hubiesen
visto, se van mutuamente acercando; diría-
se que cada uno quiere coger al otro de
sorpresa. De repente, con la rapidez del
rayo, dan un salto abriendo las alas; se
encuentran en el aire y caen esparciendo
en torno una nube de plumas. Después
del primer choque se quedan plantados el
uno frente al otro, casi tocándose los pi-
cos, como si quisieran arrojar veneno por
los ojos.

Luego se lanzan de nuevo uno contra
otro con gran violencia, y desde aquel mo-
mento se suceden los asaltos sin cesar. Se
hieren con las patas, con los espaldones,
con el pico, se oprimen con las alas de

modo tal que parecen un solo gallo con
dos cabezas; se suben el uno sobre el vien-
tre del otro, se tiran contra las barras de
la balaustrada, se persiguen, caen, voltean;
poco á poco los golpes son más frecuentes,
las plumas de la cabeza vuelan á lo lejos,
los cuellos se enrojecen y corre la sangre.
Se pican en la cabeza, alrededor de los
ojos, en los ojos mismos, y se desuellan
con la ira de los furiosos que temen verse
separados. Diríase que saben que uno de
los dos ha de morir. No sueltan un grito
ni un gemido; no se oye más que el ruido
de las alas al agitarse, plumas que se rom-
pen, picos que se clavan en el hueso. Y ni
un instante de tregua; es una rabia que no
cesará hasta la muerte.

Los espectadores siguen con mirada
atenta todos sus movimientos, cuentan las
plumas arrancadas, las heridas, y el mur-
mullo de las voces aumenta siempre y
las apuestas también.

—¡Cinco duros por el chico!—¡Ocho du-
ros por el pardo!—¡Veinte duros por el ne-
gro!—¡Va!—¡Va!

Pero llega el momento en que uno de
los dos gallos hace un movimiento que
revela inferioridad de sus fuerzas y em-
pieza á dar señales de fatiga. Aunque re-
siste todavía, sus picotazos son menos fre-
cuentes; diríase que va comprendiendo
que está en peligro de muerte. Ya no lu-
cha por matar, sino por no ser muerto; re-
trocede, huye, cae, se levanta, vuelve á
caer y vacila cual si le faltara la cabeza.
Entonces el espectáculo empieza á ser hor-
rible. Ante el enemigo que cede, el ven-
cedor se vuelve feroz; sus picotazos son
más fuertes, llenos de rabia, implacables,
dirigidos á los ojos de la víctima, con la
regularidad de la aguja de una máquina
de coser; su cuello se alza y se baja como
si lo moviera un resorte; su pico busca la
carne y se recrea arrancándola á pedazos
y destrozándola; después profundiza en la
herida y se afana y lucha cual si buscara
fibras rotas; luego pica con pertinaz insis-
tencia en la cabeza, como si quisiera abrir
el cráneo y sacar los sesos. No hay pala-
bras que puedan expresar el horror de esos
picotazos continuos, infatigables, inexora-
bles. El vencido se afana, se escapa, corre
de aquí para allá en su cárcel y el otro de-
trás de él y sobre él, inseparable como su
sombra, la cabeza inclinada sobre la del
fugitivo, lo mismo que un confesor, siem-
pre picando, ensañándose y destrozando.
Hay algo del asesino, del verdugo en aque-
lla insistencia; tiene el aire de hablar al
oído de su víctima, y diríase que acompa-
ña cada golpe de un insulto. «¡Toma! ¡su-
fre! ¡muere!—¡Todavía no! ¡Toma ese gol-
pe! ¡y ese! ¡y otro más! Un poco de esa ra-
bia sanguinaria se insinúa en vuestras ve-
nas; esa cobarde crueldad os inspira deseos
de venganza; quisierais ahogarlo entre
vuestras manos, aplastarle la cabeza con
los pies. El gallo vencido, lleno de sangre,
sin plumas, vacilante, intenta de vez en
cuando algún ataque, da algún picotazo,
huye y se esconde entre los barrotes de la
balaustrada, buscando un asilo.

Los jugadores se enardecen y gritan
cada vez más fuerte. Ya no pueden apos-
tar sobre la lucha, pero apuestan sobre la
agonía.

—¡Cinco duros á que no tira tres ve-
ces!—¡Tres duros á que no tira cinco!—
¡Va!—¡Va!

En aquel momento oí unas palabras que
me hicieron temblar: «¡Es ciego!»
Me acerqué á la barrera, miré al ven-
cido y volví en seguida la cabeza con hor-
ror. No tenía piel ni ojos; su cuello no
era más que un cráneo; sus alas, reducidas
á tres ó cuatro plumas, semejaban dos an-
drajos; parecía imposible que pudiera aún
vivir y caminar, pues no tenía forma de
gallo. Y esa ruina, ese monstruo, ese es-
queleto manando sangre se defendía aún,
se batía en las tinieblas, sacudía sus alas
destrozadas, alargaba su cuello hecho ji-
rones, agitaba su cráneo al azar, aquí y
allá, como los perros recién nacidos. Esta-
ba sangriento y horrible; entorné los ojos
para verlo confusamente. Y el verdugo se-
guía picoteando las llagas, ahondando en
las vacías órbitas de los ojos, picando el
desnudo cráneo. Aquello no era una lu-
cha; le roía y se hubiera dicho que le que-
ría despedazar sin matarlo. Alguna vez,
cuando la víctima quedaba inmóvil, se
bajaba para contemplarla con la atención
de un anatómico; á veces se hacía un paso
atrás y la miraba con la indiferencia de
un sepulturero; pero luego volvía ávido,
como un vampiro, á picotear, á herir, á
destrozar con más fuerza y vigor que la
primera vez. Por último, el moribundo,
parándose de repente, deja caer la cabeza
sobre el suelo, cual si le rindiera el sueño,
y el verdugo, mirándole atentamente,
también se para.

Entonces redoblábase los gritos: ya no
puede apostarse sobre las convulsiones de
la agonía, pero se apuesta sobre los sínto-
mas de la muerte.

—¡Cinco duros á que no levanta más la ca-
beza!—¡Dos duros á que no la levanta!—
¡Tres duros á que la levanta dos veces!

—¡Va!—¡Va!

El gallo moribundo levanta lentamente
la cabeza, el verdugo descarga rápidamen-
te sobre él una tempestad de picotazos, los
gritos se repiten de nuevo. La víctima hizo
todavía un pequeño movimiento: nuevos
picotazos. Echó sangre por el pico, vaciló
y cayó por último. El vencedor, como un
cobarde, se echó á cantar. Salí un emplea-
do y se llevó al vencedor y al vencido.

Todos los espectadores se levantaron y
empezó entonces una acalorada conversa-
ción. Los afortunados, radiantes de ale-
gría; los que salen perdiendo blasfeman:
unos y otros discuten sobre los méritos de
los gallos y los incidentes de la lucha:

—¡Buena pelea!—¡Buenos gallos!—¡Gallos
malos!—¡No valen nada!—¡No lo entiende
usted!—¡Cállese usted!—¡Buenos!—¡Malos!

—¡Sentarse, caballeros!—gritó el presi-
dente.—Todos se sentaron y empezó otra
lucha.

Eché una mirada al campo de batalla y
salí del circo. Tal vez no seré creído: este
espectáculo me causó más horror que la
primera corrida de toros. No tenía idea
de una ferocidad tan cruel; nunca hubiera
creído, antes de verlo, que un animal, des-
pués de haber reducido á otro á la impo-
tencia, pudiese torturarlo, martirizarlo,
destrozarle de aquel modo, con el encarni-
zamiento de la hiena y la voluptuosidad
de la venganza. Yo no creía que el furor
de un animal pudiese llegar al extremo de

presentar el carácter de la maldad huma-
na más acentuada. Todavía hoy, después
del largo espacio de tiempo transcurrido,
cada vez que me acuerdo de semejante es-
pectáculo, vuelvo la cabeza involuntaria-
mente como huyendo de la horrible vista
del gallo moribundo, y nunca pongo la
mano en una balaustrada sin que baje la
vista con la idea de ver el suelo sembrado
de plumas y ensangrentado.—Edmundo de
Amicis.

¡AUN HAY PATRIA...!

¡Todo es hoy júbilo en la grey taurina!
Desde el altivo consejero de Estado al
humilde mono sabio, desde el culto revis-
tero al jacarandoso maleta, todos entonan
himnos de triunfo por el feliz suceso del
restablecimiento de las corridas domin-
gueras.

Pasó ya como horrible pesadilla ese lar-
go paréntesis de ocho meses en que Ma-
drid tomó las apariencias de ciudad ver-
daderamente europea, y aquella afirma-
ción del célebre escritor francés sobre los
límites del Africa que patriotas puntillo-
sos consideraban depresiva, hoy vuelve á
brillar con resplandores de apoteogma.

¡Llor, pues, á los castizos gobernantes
que han restaurado el glorioso nombre es-
pañol, empañado momentáneamente por
la iniciativa de media docena de incautos
obreros incurso en el pecado de cursile-
ría al tomar en serio eso de que hay que
acometer de veras la obra de la regenera-
ción y de la cultura nacional!...

¡Que se cierran las Cortes!... ¿Y qué falta
hacen en un país que nada en la abundan-
cia, donde el hambre es un mito y donde
todos los problemas están resueltos?

En cambio, se abren las plazas de toros,
se respetan las tabernas, se toleran los ga-
ritos, y toreros, curdas y tahures dan fe de
que vivimos en plena civilización.

Centros son esos donde se templa el vi-
gor de la raza y á los que debe converger
todo el cuidado, todo el celo, toda la inte-
ligencia de gobernantes inspirados en las
corrientes modernas.

Y para substraer á las muchedumbres á
la funesta manía de pensar y al peligroso
afán de dignificarse por la instrucción y la
cultura, ciérrense escuelas y museos, de-
pórtese á los maestros, licénciese á la Uni-
versidad Popular y al Instituto de Refor-
mas Sociales, é inviértase el presupuesto
de Instrucción pública en academias de
tauramaquia y en subvenciones á toreros.

Conque... ¡venga hule abundante, vengan
caballos destripados y, sobre todo, vengan
columnas y más columnas de la prensa bur-
guesa repletas de reseñas de las espiritua-
les peripecias de la pintoresca fiesta!

¡Y que rabien los extranjeris que nos lla-
man bárbaros en el desahogo de su envi-
dia!—M. Gómez Latorre.

LA VIOLENCIA

En tanto subsistan las condiciones so-
ciales presentes no concibo que pueda rea-
lizarse ninguna revolución sin emplear en
determinados momentos la violencia; pero
estoy muy lejos de creer que todo acto de
fuerza sea revolucionario. Es más; tengo
el convencimiento de que las revueltas es-
temporáneas, aunque se hagan en nombre
de principios progresivos, sólo favorecen
á la reacción.—M. García Cortés.

LA CLASE MEDIA

Era un día hermoso, primaveral; la na-
turaleza quiso también contribuir con sus
mejores galas al mayor lucimiento de la
fiesta.

La manifestación con que los trabajado-
res celebran la fiesta de 1.º de mayo lle-
naba por completo la avenida más céntrica
de la ciudad.

Marchaban los obreros alegres y satisfe-
chos en pos de sus rojos estandartes, más
rojos que nunca, porque el sol, que hacía
también enrojecer los semblantes, enviaba
sus destellos á las banderas, haciendo bri-
llar los globos que servían de lanza y que
encendían aún más el color de la enseña.

Cantaban himnos al trabajo, á la paz y
á la justicia; resonaban continuamente vo-
ces vitoreando la emancipación social, el
1.º de mayo y la solidaridad obrera, que
eran contestadas por miles de hombres,
mujeres y aun niños.

La circulación quedó interrumpida, la
gente se agolpaba en los balcones, los jó-
venes que á aquella hora acudían al paseo
con objeto de lucir sus trajecitos y su *fisi-
ca*, se miraban asombrados.

¿Quiénes son esos infelices? ¿Qué quie-
ren? ¿Qué piden?

Y los manifestantes se encargaban, con
sus vitores, de contestar á esas preguntas.
Piden justicia, piden libertad, quieren
que no existan privilegios, quieren mejo-

rar las condiciones de vida del pueblo trabajador, sin el cual las otras clases no vivirían.

¡Qué tontos! ¡A ellos se va a hacer caso! ¡Qué ilusiones!

Todos decían lo mismo; y lo decían no porque la mayoría lo sintiera, sino porque el decir esas cosas *viste mucho*.

¡Cuántos de ellos, cesantes unos, empleados de corto sueldo ó estudiantes otros, se hubieran unido de buena gana á la manifestación...!

Pero ¿qué diría entonces don Fulano, que pensaría luego Menganita...?

¡Fuera prejuicios, escrupulos á un lado, obremos siempre de acuerdo con nuestra conciencia!—E. Corrales (hijo).

Republicanos y anarquistas

A quien observe el cuadro de la política española le llamarán poderosamente la atención dos rasgos característicos de ella, y característicos también, pudiera decirse, de la pedagogía política nacional: el republicanismo y el anarquismo.

No sólo es este país el de pan y toros, y el de «vuelva usted mañana», y el de rogativas y procesiones como remedio contra la sequía, sino que, hoy por hoy, políticamente hablando, es el país de los republicanos y los anarquistas. Bajo tal aspecto, ¿qué otra nación puede compararse con la nuestra?

A primera vista, el republicanismo y el anarquismo parece que no guardan entre sí relación alguna: uno es un partido político; el otro una escuela social (llamémosla así) con sus puntas de filosófica; y, en embargo, en la realidad de la política española son consecuencia el uno del otro.

El anarquismo ha arraigado en algunas regiones de España porque el republicanismo le había preparado el terreno. Las concomitancias en que uno y otro frecuentemente viven son perfectamente explicables, y además muy legítimas.

La propaganda republicana de treinta años ha sido totalmente infecunda en el mejoramiento de la vida política española: infecunda para el pueblo, á quien no ha sabido educar en las luchas públicas del sufragio; infecunda para las clases medias, á las que no ha logrado inspirar confianza á causa de sus vaguedades y equívocos. Predicó muchas veces la revolución á la vuelta de la esquina, y como la revolución no vino, cayeron en el descrédito sus profecías. Predicó otras el retraimiento, el apartamiento de la vida política, recurso supremo para acelerar la revolución, y como tampoco llegó ésta, su actitud resultó ridícula.

En tal medio, así viciado por una insensata propaganda, el anarquismo prevalece. Es natural: en el fondo de cada anarquista español late cual vez un republicano «desengañado», cual otra el «revolucionario impenitente», que espera que cualquier día se arme la gorda. Los anarquistas, enemigos de la lucha política, son los mismos republicanos en el retraimiento. El anarquista español es hijo legítimo del republicano.—J. Morán.

ACCIÓN POLÍTICA

Con ser grande el desarrollo que va adquiriendo en nuestro país la idea de la asociación entre los trabajadores, al punto de existir hoy una fuerza obrera organizada tal como jamás la ha habido, no serían sus aspiraciones convertidas en realidades si no acudieran los trabajadores al terreno donde realmente se ventilan las cuestiones que á su mejoramiento se refieren, esto es, al terreno de la lucha política, según los socialistas la entendemos y practicamos.

Así lo han comprendido todas las colectividades obreras que siguen las inspiraciones de nuestros amigos, y que son la casi totalidad de las constituidas en España, las cuales tiempo ha abandonaron el estrecho criterio de que su misión estaba limitada á la lucha directa con el patrono, y hoy prestan su adhesión y ayuda efectiva á una porción de campañas de interés

general para la clase trabajadora, y consiguientemente para cada uno de los afiliados á toda colectividad, ya que sea imposible realizar cierta índole de campañas teniendo en cuenta no más que algunos intereses parciales.

Debido á esta comunidad de aspiraciones hanse llevado á cabo por los trabajadores últimamente movimientos tales como los promovidos á favor del abaratamiento de las subsistencias, en contra de las tabernas y de las corridas de toros, y el recientísimo de los trabajadores madrileños manteniendo enérgicamente su derecho á realizar la manifestación grandiosa de duelo á la memoria de sus hermanos sacrificados en la catástrofe del Depósito de aguas.

Actos políticos son todos ellos, de igual modo que la fiesta que hoy celebran los trabajadores del mundo entero, y reveladores de que éstos se han compenetrado en una aspiración común, la de la emancipación económica, ideal que hoy persigue todo obrero que piense algo, sin desdeñar por supuesto todas aquellas mejoras graduales que le vayan poniendo en condiciones de llegar á conseguir el suspirado ideal.

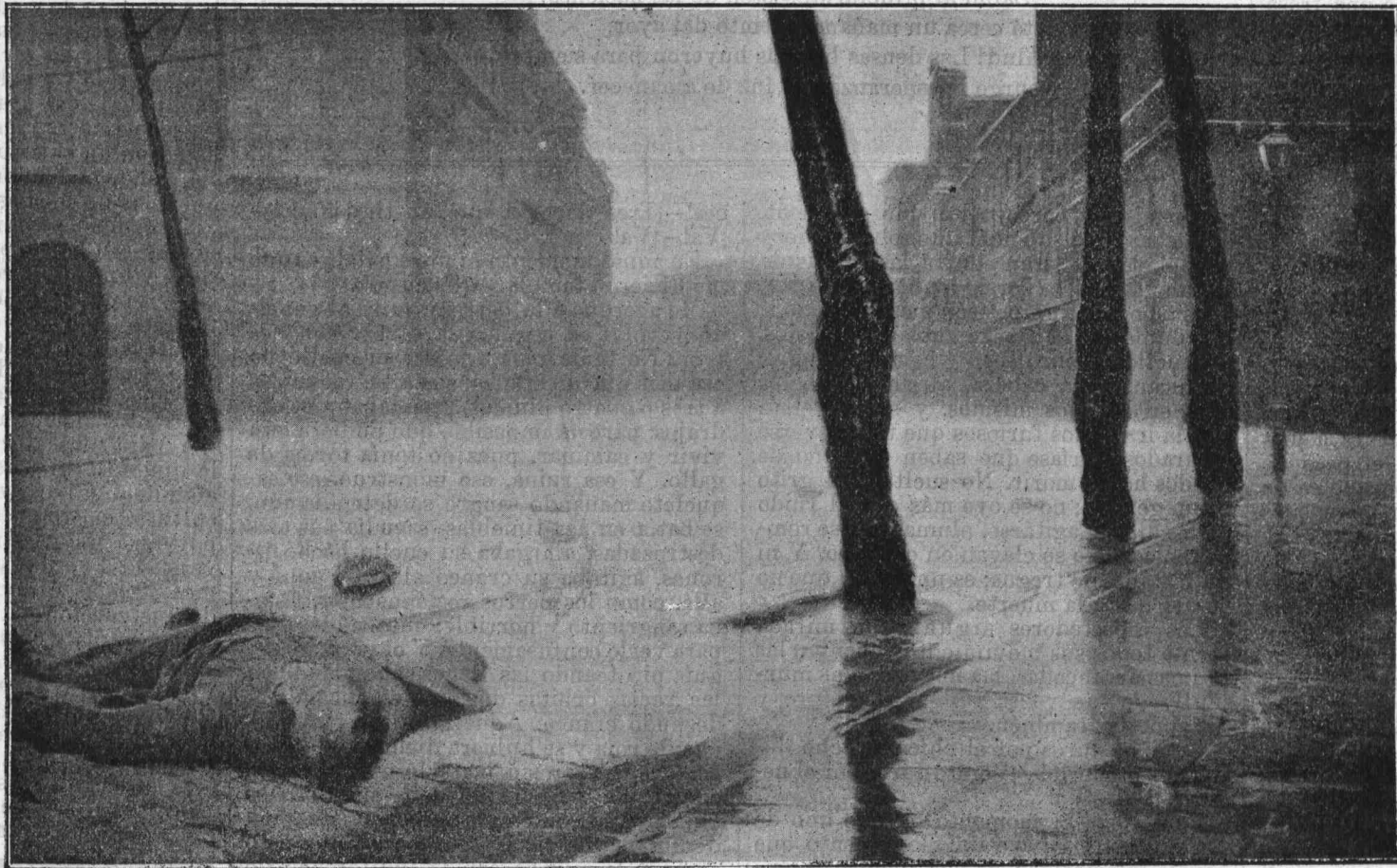
En la lucha que fatalmente ha de sostener el proletariado contra la organización burguesa de la sociedad, es un buen auxi-

con que contara con la que actualmente tiene el partido republicano bastaba para haberlo evitado!

Fíjense en esto los obreros españoles. No sigan más política que la que corresponde á cuantos al salir el diario sol tienen que resolver el inseguro problema de la vida; esto es, la societaria y la socialista. Agrúpanse pronto en derredor del universal rojo pendón para lograr lo antes posible que desaparezca el funesto régimen burgués, causante único de todos nuestros males, cualquiera que sea la forma con que gobierne.—C. Muñoz.

La Manifestación de 1.º de Mayo, realizada por la clase obrera organizada en todos los países en que impera el sistema de producción capitalista, es, ante todo y sobre todo, una manifestación concluyente de la política de clase que en sentir del Partido Socialista debe ejercer el proletariado universal.

Cierto que no todos los que se manifiestan el 1.º de mayo pidiendo á los Poderes públicos una legislación protectora del trabajo se dan exacta cuenta del acto político que realizan; pero es indudable que lo que les determina á obrar en este sentido es el instinto de clase que en ellos des-



LA SEMILLA, POR FILLOR

liar la resistencia en el terreno económico, y no debe prescindirse de él; pero el factor importante, el decisivo, es el que se fundamenta en la acción política, verdadera palanca que ha de servir á la clase obrera para remover los cimientos del mundo burgués.—A. Atienza.

Reflexionad, obreros españoles.

Aunque el régimen burgués impera por igual en América y Europa, ya estén las naciones gobernadas por Monarquías, ya por Repúblicas, se nota, sin embargo, una gran diferencia (dentro de lo que puede admitirse en toda ley general) entre las naciones donde el proletariado tiene una fuerte organización interventora en la administración pública, de aquellas otras en que carece en absoluto de ella.

De modo que cualquiera que sea la forma de gobierno, dentro del mismo régimen, la ventaja está para el obrero en la fuerza organizada, frente á la fuerza organizada de la clase contraria. A esto se debe que en Berlín consuma cada habitante 114 gramos diarios de carne y en Madrid ¡14, 89 en Londres y 60 en París.

Fíjense que de las cuatro naciones que presento como ejemplo, la que come más carne es la que tiene más fuerza obrera, y menos aquella que no cuenta con ninguna en los organismos políticos. Porque ¿qué obstáculos encuentra la burguesía española en los Municipios, Diputaciones provinciales, Congreso y Senado? Ninguno. He aquí los motivos para que se despachen á su gusto, soltando todas las cargas públicas sobre las débiles cuanto sufridas espaldas de la inerme clase asalariada. Tuviera ésta la fuerza que posee Alemania y sería imposible el enseñoreamiento en nuestro país de la actual situación económica. ¡Sólo

piertan las duras condiciones económicas á que se encuentran sometidos por el régimen del salario.

Aunque la Fiesta de 1.º de Mayo no diere otros resultados más inmediatos y positivos, sería suficiente para desear su celebración la circunstancia de ofrecer ocasión propicia para que se manifieste el espíritu de clase entre los proletarios, espíritu de clase que ha de permitir á éstos realizar la magna obra de establecer la igualdad social.—F. Mora.

Preceptiva literaria... y burguesa.

¡Esos pícaros socialistas dicen unas cosas!

¡Que la sociedad capitalista, obsesionada en los números, en el tanto por ciento, ha prostituido el idealismo de la materia misma, de la Naturaleza misma, y, por tanto, entre otros muchos atributos del bien y de la belleza, ha profanado el Arte!

¡Ella, la sociedad divina, la de creencias metafísicas sonrosadas y mística educación, haber hecho eso con el Arte, cuando ha sido una madre cariñosa de la Retórica, preceptiva de la belleza hablada y escrita!

Y es verdad que no ha faltado nunca á ese plan, con cuya *heurística* ha conseguido dominar el mundo, manejando á su antojo el pensamiento, que por algo quiere decir etimológicamente agarrar, aprehender... El suyo ha sido falso, pero profundo, de gran valor subjetivo para solidificar un gran valor objetivo: el egoísmo. Sin embargo, sus pensamientos han sido oscuros unos, fútiles otros, insustanciales muchos, sutiles los más; pero se ha realizado el despojo de gran parte de la Humanidad por los ingeniosos protagonistas de esa comedia de enredo, de consecuencias patéticas. He ahí

sus bellezas, sus pinturas, sus descripciones imaginativas, con las cuales ha puesto entre los esclavos y Natura personajes sobrenaturales (*etopeya* y *prosopografía*), lugares deliciosos (*topografía*), animales asombrosos en absurda *prosopopeya*, con los cuales ha sojuzgado y detestado libremente á aquéllos, dándole á esos conceptos la mayor *amplificación*, aunque hayan sido *antítesis* de lo natural, y haciendo alguna *concesión*, como el asilo y otras cosas, para evitar la *imprecación*, el *apóstrofe*, la *conminación* de los expoliados, los cuales por ello solo han impetrado con la humilde *deprecación*, sin darse cuenta de su *preferencia* en el banquete de la vida: no han comprendido la expresión *equivoca* de esa monstruosa sirena polítesta al pintarles mundos celestiales y deberes ominosos como el de la guerra, haciéndoles perder la *pureza* y *corrección* de sus sentimientos. Enormes *solecismos* que han vuelto débiles é *idiotas* oraciones la viril y majestuosa *canCIÓN* del amor y la Naturaleza, haciendo perder por completo la hermosa *armonía* entre ésta y los hombres, cuyo ritmo se pierde tras las arbitrarias *concatenaciones* de esa sociedad. Su atropello ha sido el *polipote*, que ha tomado diferentes formas de dominación... Religión, Justicia, Patria. Esta falta de orden ha engendrado

la carencia de nobleza entre los hombres, haciéndoles perder *verdad*, *claridad*, *integridad*, *dignidad*, *solidez* en sus relaciones. No se puede decir que le haya faltado á la burguesía *originalidad* en sus infaustas *concepciones* y *composiciones*, de cuidadosa *disposición*, por cuanto sus *fábulas* han conseguido realizar sus *intencionales moralejas*: el *genio* de la opresión venciendo al bien y á la concordia.

Nada le ha faltado en toda esta *elaboración* artística. Pero su *arcaísmo* se desvanece, su *intriga* acaba, su *tradición* se hunde, sus *monumentos* se derrumban, y el *nudo*, al demostrar la *majestad dramática*, anuncia el desenlace de la *sublime tragedia* que hará prácticas las *severas* y *bellas inspiraciones* del nuevo *numen*, del nuevo *Ideal*.

¡La sociedad, vieja, sostenedora de esa Retórica, vencida por la nueva!

¡El viejo arte del Mal, arrollado por el nuevo arte del Bien!—F. Domech.

Málaga.

LIBROS Y FOLLETOS

- Socialismo y Libertad, por J. Jaurés, 25 céntimos.
- El derecho á la pereza, por Pablo Lafargue, 20 céntimos.
- Historia del Socialismo obrero español, por Francisco Mora, 1,50 pesetas.
- Legislación del trabajo, por R. Oyuelos, 30 céntimos.
- Leyes de Reuniones y de Asociación, 10 céntimos.
- Las Sociedades de resistencia, por P. Iglesias, 10 céntimos.
- Historia de los modos de producción, por J. J. Morato, 60 céntimos.
- La evolución del capital, por G. Deville, 50 céntimos.
- El Capital, resumido por Deville, 2 pesetas en Madrid y 2,50 fuera.
- El Capital, por C. Marx, 3 pesetas.
- Principios socialistas, por G. Deville, 1,50 pesetas.
- El materialismo económico, por el mismo, 20 céntimos.
- Estudio acerca del Socialismo científico, por G. Deville, 25 céntimos.
- La justicia del Socialismo, por M. de Aquino, 10 céntimos.
- Breves estudios biográficos, por el mismo, 50 céntimos.
- Filosofía socialista, por G. Rouanet, 75 céntimos.
- Himnos socialistas (con música), 25 céntimos.
- Organización y Programa del Partido, 15 céntimos.
- Recuerdo de 1.º de mayo, 15 céntimos.
- Manifiesto comunista, por Marx y Engels, 15 céntimos.
- Colectivismo y revolución, por J. Guesde, 20 céntimos.
- Socialismo utópico y Socialismo científico, por Engels, 25 céntimos.
- Ley Municipal, 30 céntimos.
- Ley de Sufragio, 30 céntimos.
- Controversia en Santander, 25 céntimos.
- Miseria de la Filosofía, por C. Marx, 1 peseta.